

El peronismo explicado a los europeos

De Perón a Milei

Javier Paniagua

El peronismo explicado a los europeos

De Perón a Milei

CÁTEDRA

HISTORIA/SERIE MENOR

1.ª edición: marzo de 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Javier Paniagua, 2025
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2025
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
Depósito legal: M. 25.157-2024
I.S.B.N.: 978-84-376-4861-3
Printed in Spain

A Joel, Joan y Pau

Una explicación

Dicen que para entender el peronismo hay que militar en él, es decir, afiliarse al Partido Justicialista, antes Partido Peronista, impulsado por Perón y que desde los años cuarenta del siglo xx sigue condicionando, hasta la actualidad, la política de Argentina en sus distintas trayectorias. Para muchos el peronismo se siente como una identidad, más que como una teoría y práctica política. Como apunta irónicamente el filósofo Darío Sztajnszrajbe, partidario de la deconstrucción de Derrida y divulgador en los medios y en las universidades de la Historia de la Filosofía, ser peronista es como ser fan de un club de fútbol, una condición identitaria. Su carácter se expande por muchos elementos: ir en camisa es peronista (los descamisados o los cabecitas negras), preparar un asado con los amigos es peronista, cantar tangos o milongas es peronista, visitar a los viejos los fines de semana es peronista, ser del equipo de fútbol Boca o del Estudiante es peronista, llorar en el cine o el teatro con un drama es peronista, tertuliar en el barrio es peronista, pertenecer a un sindicato es peronista... Es difícil desde Europa formar parte de una organización que desarrolla su acción en aquel país. El movimiento peronista no tiene, como el fascismo o el comunismo, una dimensión internacional explícita. Ha ejercido alguna influencia en Sudamérica o ha incorporado elementos de algunas teorías políticas desarrolladas en Europa, pero su acción está centrada en la Argentina, y

constituye una forma peculiar de hacer política, no fácilmente asimilable a otros lugares. En ese sentido ha dado lugar a una ingente bibliografía desde su mismo nacimiento en 1945, componiendo uno de los periodos más estudiados de la Historia de Argentina. He podido catalogar más de 6.500 publicaciones entre libros, artículos y documentos en archivos y bibliotecas. En los dos años que llevo intentando recopilar, interpretar y narrar lo que significó el peronismo y la evolución política posterior de Argentina, no he podido leerlos todos, pero sí unos 700 entre libros y artículos. Y debo agradecer al Archivo de Internet Académico la posibilidad de consultar muchos de ellos. Tampoco he hecho un trabajo de investigación *sensu stricto*: lo que intento es explicar y narrar a mis congéneres de la Unión Europea qué se entiende por peronismo y sus dimensiones políticas en la Argentina de los siglos xx y xxi, según las aportaciones de muchos investigadores argentinos, latinoamericanos, norteamericanos (Canadá y Estados Unidos), israelíes, italianos, españoles, ingleses, franceses y alemanes. Una gran mayoría se han editado en revistas y editoriales argentinas, países latinoamericanos y Estados Unidos, pero curiosamente mucho menos en Europa. Se celebran congresos en Estados Unidos y en ciudades argentinas con múltiples ponencias, intentando desentrañar cómo puede interpretarse el peronismo y de qué manera ese movimiento es reflejo de un modo de articular la política, que no parece reproducirse de la misma forma en otros sitios. He sido profesor de Historia Social y Política y algo he podido aprender de esta profesión. De igual manera, mis trece años en el Congreso de los Diputados de España (1986-2000) me han aportado una perspectiva sobre la actividad política. Toda la bibliografía aquí reseñada la he ido leyendo con la consulta, para cuestiones puntuales, en otras fuentes. Como una vez me dijo E. H. Hobsbawm en Londres, los historiadores universitarios se especializan en temas o periodos de los cuales saben todo lo investigado hasta ese momento, pero sus investigaciones solo las utilizan un grupo restringido de especialistas. Es necesario el esfuerzo de articular buenos textos para hacerlos asequibles a un público no especializado pero con base cultural, utilizando las aportaciones realizadas sin caer en resúmenes simplistas. En 1977 tuve una larga conversación con Diego Abad de Santillán, el anar-

quista español que se exilió en Argentina en los años veinte, regresó en los años treinta, volvió a irse después de la Guerra Civil y retornó a España después de la muerte de Franco en 1975. Había estudiado su trayectoria en mi libro *La sociedad libertaria* y fue quien me habló de la anarcosindicalista FORA (Federación Obrera Regional Argentina).

El peronismo, posiblemente, sea uno de los temas más estudiados no solo de Argentina sino de toda Latinoamérica. Tenía una visión brumosa del país. Me gustaban su folklore, sus cantantes (Cafune, especialmente), sus equipos y jugadores de fútbol (vi jugar a Kempes en el Valencia CF) y sobre todo su literatura (Borges, Sabato, Cortázar, Bioy Casares, Puig, Hernández (*Martín Fierro*), Walsh, Zabaleta...). Sabía algo de su historia contemporánea por mis estudios universitarios, y me maravillaba su dominio del castellano, su retórica, con ese tono especial y la inclusión del demostrativo «este» en cada frase. En Colombia me dijeron que un argentino es el yo que todos llevamos dentro. Nunca hasta ahora la he visitado, pero su historia contemporánea tiene elementos similares a los de España y en estos dos años me he embebido de ella para intentar configurar un resumen personal de lo que fue el peronismo y sus circunstancias y tratar de transmitirlo. Probablemente coincida con la cantidad de buenas divulgaciones aparecidas en los últimos años, con matices y algunas interpretaciones personales.

La cantidad de documentos y bibliografía disponible alcanza tal número que hace muy difícil reflejar una síntesis con todos ellos. He tratado de elegir los que he considerado más adecuados al fin propuesto de narrar y explicar a un tiempo, con sus matices correspondientes, la historia en torno al peronismo y su evolución hasta llegar a la presencia de Milei teniendo en cuenta el objetivo de lograr un trabajo de divulgación aceptable, con un esquema de análisis propio. En ese sentido, los investigadores especialistas notarán que existen temas que no se abordan o insuficientemente tratados, pero lo interesante es valorar si se ha recogido la estela histórica de Argentina de Perón a Milei sin que ello sirva como justificación.

El volumen de los escritos sobre el peronismo ha alcanzado tales proporciones que hace imprescindible intentar clasificarlos. Tendríamos así tres tipos:

a) Aquellos que son de parte: el relato defiende o vitupera al peronismo en la dialéctica peronismo/antiperonismo. Se analizan con mayor o menor rigor los acontecimientos históricos en los que el peronismo intervino, dándoles un sentido positivo o negativo explícito: *Perón: luz y sombras*, *Historias gorilas*, *Peronismo, cómo explicar lo inexplicable*, *El peronismo y la primacía de la política*, *Crímenes y mentiras*, *Las traiciones de Perón*, *Perón, el fetiche de las masas*, *Perón, retrato de un farsante*, *Fenomenología del peronismo*, *Es el peronismo, estúpido*, *Verdades peronistas*, *Lo pasado pensado*, *La inmigración fascista en Argentina...* son algunos de los muchos títulos publicados, junto con museos específicos sobre el mundo peronista.

b) Las historias y las narraciones con pretensión de objetividad que pueden abarcar todo tipo de acontecimientos del periodo, o ser resúmenes con los principales hechos. Son escritas por académicos, por periodistas o también por protagonistas, con títulos como: *¿Qué fue el peronismo de Perón?*, *¿Qué es el peronismo?*, *Una historia del peronismo*, *Nueva Historia Argentina: los años peronistas*, *El inventor del peronismo*, *Historia del peronismo*, *Peronismo y liberación nacional*, *El siglo de Perón*, *La economía del peronismo*, *La economía de Perón*, *Eva Perón, una biografía política*, *Ayer fue San Perón*, *De antiperonistas a peronistas revolucionarios...* No significa que no existan valoraciones de lo narrado, pero en su mayoría procuran analizar los hechos ateniéndose, principalmente, a datos comprobables. También hay narraciones divulgativas sin relación con la academia, escritas por periodistas o historiadores con afán divulgativo: *1943. El fin de la Argentina liberal*. *El surgimiento del peronismo*, *La Libertadora*. *De Perón a Frondizi*. *Historia Pública y Secreta*, *Perón y su tiempo*.

c) Una cantidad de artículos en revistas especializadas y libros que intentan articular unas teorías explicativas del significado del peronismo y su identidad. En general son sociólogos, economistas o historiadores que han construido interpretaciones sobre el populismo y sus derivados tomando como referencia al peronismo (Di Tella, Altamirano, Horowicz, O'Donnell, Tcach, Plotkin, Germani, Zanatta, Laclau, Waisman, Romero, Halperin Donghi y Portantiero, entre otros).

Todo empezó en el año 1943, cuando Perón, entonces coronel, participó en el golpe que unos militares, miembros de una especie de logia, al estilo masónico, el GOU (Grupo de Oficiales Unidos, o también, según otros, Grupo Obra de Unificación), protagonizan contra el gobierno —que, aunque constitucional, venía marcado por el fraude electoral durante más de una década— y que los lleva a hacerse con el poder político hasta 1946, año en que Perón ganó sus primeras elecciones a la presidencia.

Con la vuelta a la democracia, tras la dictadura de 1976-1983, los estudios sobre el peronismo y otras fuerzas políticas adquirieron nuevas perspectivas. El peronismo es el movimiento social encabezado por Perón en el que conviven un sistema político, varias ideologías y un partido; y el justicialismo es la denominación aplicada, principalmente a partir de 1956, a un partido basado en la concepción ideológica del peronismo pero que no fue legalizado hasta 1972, cuando Perón pudo regresar a Argentina desde su exilio en Madrid. Existía la necesidad de reforzar la democracia como algo inmutable, por encima de las estrategias políticas de cada partido, después de las distintas etapas de control militar que se extendieron con diferentes características entre 1943 y 1983 pero con objetivos parecidos y que fueron convergiendo en los procesos históricos.

La intervención de las Fuerzas Armadas en las responsabilidades políticas del siglo xx empezó en 1930 con el golpe de Estado contra el líder de la Unión Cívica Radical y presidente de Argentina, Hipólito Yrigoyen. Los militares, o su grupo dirigente, golpearon cuando pensaban que los partidos gobernantes no cumplían con lo que ellos estimaban la correcta dirección política, y en eso conectaban con o asumían propuestas de la sociedad civil. Pasado un tiempo, convocaban elecciones vetando a las organizaciones que consideraban inapropiadas para encauzar la vida política. Perón también sería derrocado por la llamada Revolución Libertadora (1955-1958), que proscribió al Partido Justicialista con la intención de eliminar el peronismo, cosa que no consiguió. Los militares intentaron generar un nuevo orden con la Revolución Argentina entre 1966-1970, pero tampoco cuajó, y el peronismo volvió al poder entre 1973 y 1976, muerto ya Perón. Ese año, otro golpe militar volvió a reproducir el

esquema, con mayor control del conseguido en la Revolución Argentina, ahora con el proceso de reorganización, donde los gobiernos, mayoritariamente compuestos por militares, dependieron de la Junta Militar, constituida por los comandantes de las tres armas (Tierra, Marina y Aeronáutica). Intervinieron los partidos y los sindicatos y, como si fueran un partido político («el partido militar»), dispusieron de un tiempo para concretar una salida institucional a la dictadura, sin lograrlo. Las disparidades y enfrentamientos entre ellos no lo permitieron, y al final tampoco les sirvió recurrir a la invasión de las islas Malvinas. Eran militares y perdieron la guerra frente a Gran Bretaña. Pero el peronismo continuó a su manera adaptándose con políticas contrarias o diferentes a su tradición del primer peronismo como en los gobiernos de Carlos Menem, de los Kirchner o de Massa, y sigue en esa deriva. Como señaló Ricardo Sidicaro: «El peronismo parece estar situado en un presente permanente» (*Le Monde Diplomatique*, 07/10/2016).

Primera parte

CAPÍTULO PRIMERO

Interpretar el peronismo: una visión general para comenzar

El peronismo forma parte de una corriente política que adquiere su máxima dimensión en el país del río de La Plata. Sus contornos ideológicos son difusos y es difícil enclavarlo en el liberalismo, conservadurismo, fascismo, socialismo o populismo. Ni siquiera en España, donde Perón residió la mayor parte de sus años de exilio, existe una bibliografía significativa sobre un movimiento político y social que todavía mantiene su vigencia y ha producido diversas interpretaciones, a veces contradictorias, sobre su naturaleza y evolución. Los europeos hemos tenido dificultades para entenderlo y clasificarlo. Nos ha resultado difícil asimilarlo al pensamiento político y social clásico aun reconociendo que Argentina es el país sudamericano más próximo a nuestra cultura, con un alto índice de población de origen europeo. Su emigración desde finales del siglo XIX y primer tercio del XX procedía en su mayoría de Italia y España, y han configurado una sociedad perfectamente asimilable a la del viejo continente. Y, sin embargo, no saben qué hacer con Perón y el peronismo. Recurren a interpretaciones en las que, a medida que se profundiza en ellas, afloran elementos que no encajan en las teorías sociológicas o políticas, por lo que al final acaban considerándolo

una patología inclasificable, siguiendo en parte lo publicado por autores argentinos que o bien analizaron el fenómeno o participaron en él. En los últimos tiempos, el peronismo se hace plural; diversos peronismos para distinguir las distintas facetas políticas y sociales en las que actuó y los diferentes escenarios en que se desarrolló. Convergiéron elementos conservadores, radicales, nacionalistas y algunos socialistas, que aportaron sus culturas formando de hecho una coalición política que Perón intentará armonizar, y para ello es necesario distinguir los mitos construidos de la realidad, lo prometido de lo realizado, porque se ha evidenciado que no fue un movimiento monolítico, sin fisuras, ni tampoco construyó un Estado uniforme ni se extendió de igual manera por las veintitrés Provincias que fueron constituyéndose con las históricas y los territorios, que no tenían estructuras administrativas y fueron convirtiéndose en tales en el siglo xx, hasta quedar definitivamente configurado el Estado Federal (Palacio, 2010).

Así, aunque no es fácil para un europeo entender su significado, resulta relativamente cómodo ceñirse a una historia narrativa de su trayectoria desde la segunda mitad del siglo xx hasta la actualidad. Cuando desde Europa se interpreta el peronismo, se suelen aplicar los parámetros políticos al uso en los países europeos de izquierda o derecha, y en los últimos tiempos centroizquierda y centroderecha, lo que complica aún más entender el fenómeno. Pero es que, además, es difícil que un movimiento político permanezca invariable, y así, socialismo, liberalismo o comunismo tienen distintas versiones a lo largo de su historia. El comunismo de Vietnam o China es diferente al de la Unión Soviética a lo largo de los siglos xx y xxi y sin embargo los calificamos con el mismo término. No es lo mismo el liberalismo del Reino Unido que el de Alemania, ni la socialdemocracia de Suecia que la de Finlandia o Noruega. En el peronismo se concentran posiciones de derechas (y en algún periodo de extrema derecha), de izquierdas, nacionalistas, liberales, conservadoras y movimientos guerrilleros. Fue una coalición política, una babel social que buscó construir una nación que todavía estaba en formación y un Estado propio basándose en la argentinidad como singularidad cultural y nacional, y no tuvo inconveniente en formar gobiernos

con personalidades de ideologías distintas, desde socialistas hasta nacionalistas o liberales. En ese sentido se diferenció del franquismo, que construyó, también, una coalición política de derechas y con un nacionalcatolicismo como base y sin elecciones libres. Pero eso no puede llevar a considerar al peronismo una anomalía política; solo desde un eurocentrismo puede sostenerse que no cumple con las reglas políticas al uso.

La literatura autobiográfica, académica y periodística del peronismo sigue aportando nuevas interpretaciones e informaciones, junto con nuevos archivos que se han puesto al alcance de los investigadores. En Argentina la vinculación con el peronismo y con el antiperonismo radical o moderado está en torno al 50% cada uno, y se han producido gran cantidad de manifestaciones y publicaciones desde los primeros momentos en que fraguó el movimiento que habría de concretarse en el justicialismo como opción política, vigente en la actualidad desde 1945, si hay que poner una fecha de inicio. Un escritor de la talla de Jorge Luis Borges, cesado en su puesto de director de la Biblioteca Municipal de Buenos Aires por el peronismo y nombrado inspector de aves y corrales, lo criticó con dureza en la revista *Sur* en 1955, después del triunfo de la Revolución Libertadora que prohibió sus organizaciones e incluso su terminología lingüística: «Hubo así dos historias —afirmaba Borges—, una de índole criminal, hecha de cárceles, torturas, prostituciones, robos, muertes e incendios, otra de carácter escénico, hecha de necedades y fábulas para consumo de patanes». También Ernesto Sábato festejó la caída de Perón en septiembre de 1955 en *El otro rostro del peronismo* pero defendió la figura de Evita y sus seguidores, lo que le acarreó muchas críticas de las élites intelectuales argentinas de la época, mayoritariamente opuestas al peronismo.

Esa división entre élites sociales y económicas se extendió también a otros ámbitos. Socialistas, comunistas, parte del sindicalismo, liberales, conservadores y gran parte de la Iglesia católica formaron parte de esa confederación antiperonista a partir de 1952, sobre todo en la segunda legislatura (1952-1955), pero por mucho empeño que pusieron no pudieron exterminar un movimiento que adquirió formas diferentes según épocas y donde la figura de un Perón

exiliado en Madrid se hizo imprescindible en los avatares de la política argentina. Este sí es un rasgo peculiar, pues hay pocos políticos que hayan tenido una proyección continua en sus sociedades de origen a pesar de estar en el exilio o permanecer varias décadas en prisión. Es, por ejemplo, el caso de Jomeini en Irán, el de Mandela en Sudáfrica, el de Napoleón en Santa Elena hasta su derrota en Waterloo o el de Tarradellas en Cataluña. También las interpretaciones han evolucionado con el tiempo: desde fascista o nazi, instigada en parte por la Administración de Estados Unidos, bonapartista, nacionalista, marxista, antiimperialista y modernizadora de la sociedad tradicional hasta populista con diversas concepciones de populismo, todas han tenido su recorrido para la categorización del movimiento junto con matizaciones en los detalles de los diversos acontecimientos en los que transcurrió su acción. De esa manera el populismo se entiende como una ideología y una práctica autoritarias antiliberales, un movimiento interclasista en una sociedad muy desigual o un fenómeno político en sociedades en transición a la modernización económica y social. Junto con ello, la literatura memorialista de todos aquellos que han tenido a bien publicar sus experiencias y opiniones en los acontecimientos vividos desde posiciones ideológicas distintas. Ya no predomina, aunque sigue teniendo predicamento en algunos sectores, la imagen de un Perón manipulador ni la visión patológica del movimiento. Las teorías y los análisis continúan desde nuevas perspectivas, incluso para superar la concepción de que el peronismo no es necesario entenderlo, solo sentirlo. Como diría el novelista Osvaldo Soriano: «Nunca hice política, siempre fui peronista». Algunos incluso han utilizado la reflexión de san Agustín sobre el tiempo cuando afirmaba que él sabía lo que era, pero le resultaba imposible explicarlo. Parecería entonces que existe el peronismo como un género historiográfico nacido para ocupar a los investigadores de sociología, historia, economía, política, cultura o psicología, entre otros. Habría también que suponer que no requiere ninguna explicación; se trataría tan solo, como en la polémica medieval de los universales, de un *flatus voci* que se le da a un conjunto de acciones políticas desarrolladas en nombre de un general, Juan Domingo Perón, que se alzó con el poder entre 1945-1955, posteriormente entre 1973-1974, y cuya figura sirvió para justificar

distintas acciones de gobierno, en ocasiones contradictorias unas con otras, con las que han gobernado distintos presidentes a lo largo de más de veinte años (Pedrós, 2016).

¿Pero cuáles son los elementos que distinguen al peronismo? Si recurrimos a los discursos o escritos de Perón u otros militantes, podemos concretarlo en una serie de ideas reducidas a unos lemas publicados en textos de difusión para consumo de los afiliados:

- La verdadera democracia es aquella en la que el gobierno hace lo que el pueblo quiere y defiende sus intereses.
- El peronismo es esencialmente popular. Todo círculo político es antipopular, y, por lo tanto, no es peronista.
- El peronista trabaja para el movimiento. El que actúa en su nombre sirve a un círculo o a un caudillo, lo es solo de nombre.
- Para el peronismo solo hay una clase de hombres: los que trabajan.
- Para un peronista no hay nada mejor que otro peronista.
- Las armas del peronismo son la justicia y la ayuda social.
- En Nova Argentina, los únicos privilegiados son los niños.
- El peronismo tiene su propia doctrina política, económica y social: el justicialismo.
- El justicialismo es una nueva filosofía de vida, sencilla, práctica, popular, profundamente cristiana y humanista.
- El peronismo pretende constituir un gobierno centralizado, un Estado organizado y un pueblo libre (Jovanovich, 2021).

Lemas que podrían asumir, adaptados, otros partidos políticos de cualquier país pero no sirven de mucho para explicar y entender las distintas interpretaciones realizadas del movimiento peronista. Han sido varias las teorías expuestas y a veces dispares. Se ha intentado codificar el comportamiento político que generó Perón como una forma de integración de distintos sectores sociales en un proyecto unitario para configurar un Estado que fortaleciera su estructura política por encima de las distintas tendencias sociales que conviven en su territorio. Es el caso de Argentina desde su independencia como nación, después de separarse de la Corona española a princi-

pios del siglo XIX en el marco del nacimiento de las distintas naciones que surgirán en Sudamérica, antiguos territorios del Imperio español y portugués construidos a partir del siglo XVI.

Conviene repasar los análisis y conclusiones que diversos sociólogos, ensayistas, economistas e historiadores han formulado a lo largo de los años sobre cómo calificar e interpretar el peronismo, y en qué medida puede ser comparado con otros modelos políticos que se desarrollaron en Europa en la primera mitad del siglo XX: los regímenes liberales parlamentarios, los fascismos, el nacionalismo, el socialismo socialdemócrata, el comunismo que triunfó en 1917 en la Unión Soviética o un representante del populismo latinoamericano. Todos ellos tenían vocación universal, pretendían extenderse como la mejor solución a las estructuras políticas de los Estados. Argentina es un país relativamente joven, poco más de dos siglos, como la mayoría de los otros países sudamericanos. Constituyeron Estados basados en unas élites que habían ido acumulando sus fortunas independientemente de la madre patria, que delimitaron un territorio de manera aleatoria en función de sus capacidades de control militar y social para concluir en naciones con mayor o menor fuerza, y que tendrían, en muchos casos, problemas de límites entre ellas que resolverían mediante guerras, así como con el exterminio de los pueblos indígenas que no quisieron integrarse. El propio Perón, durante su presidencia, prohibió los mapas de Argentina que no incluyeran la parte del estrecho de Magallanes que estaba en disputa con Chile.

En la época de los presidentes Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento, Argentina entró en guerra contra Paraguay en 1865, junto con Brasil y Uruguay, la llamada Triple Alianza del siglo XIX, para reforzar los límites de estos países. Gran Bretaña intervino a favor de la Triple Alianza para favorecer sus intereses económicos. La derrota de Paraguay en 1870 se saldó con más de un millón de muertos y la pérdida de parte de su territorio y constituyó una tragedia demográfica para un país pionero en la industrialización y el comercio en Sudamérica. En aquellos Estados primerizos, de grandes dimensiones, existía una pugna entre los territorios anexionados y la zona de la ciudad principal, que se convertirá en capital, y desde la que se habían iniciado los movimientos de liberación, es decir, entre

un Estado unitario que pretendía el control político y militar y un Estado basado en la autonomía de las otras unidades del territorio. En ese sentido ha predominado, al menos formalmente, una estructura federal, como en Venezuela, Brasil o la propia Argentina. En esta, el federalismo radical de la Confederación Argentina fue derrotado en el siglo XIX a favor de un Estado Federal unitario formado por veintitrés Provincias (el nombre que tenían los estados federales). El gobierno federal está ubicado en la capital del país, ciudad autónoma de Buenos Aires, que a su vez da nombre a una de las Provincias más representativas, con capital en Mar del Plata, y agrupa al 40% de la población de Argentina. Y como en todos los países federales se provocan tensiones entre las provincias y el centro político de Buenos Aires.

Existe también una interpretación peculiar, de tinte anglosajón, nacida en Estados Unidos, que incide en aspectos coloniales con alusiones a características étnicas, y que aplicada a Argentina se vincula a la colonización castellana comenzada en el siglo XVI. Así, Robert Crassweller, graduado en la Escuela de Leyes de Harvard y antiguo consejero para asuntos latinoamericanos de la empresa ITT (International Telephone & Telegraph), afirma:

Las costumbres y los valores de la vieja Castilla arraigaron en el nuevo medio argentino [...]. La aversión castellana a la agricultura, las labores técnicas y los trabajos manuales se veía gratificada por un ambiente que generaba muy poca demanda de estas actividades. La pasión española por el ocio consentía el modo de vida irregular que dependía del trabajo de los caballos y de la fácil fecundidad del ganado y de los rebaños [...]. El modelo peninsular de polarización y extremos parecía estar diseñado expresamente para una tierra vasta, primitiva, escasamente poblada, en donde los «espacios medios» de cualquier índole, fuesen geográficos o sociológicos, apenas existían [...]. Los rasgos moros de la sociedad se adaptaban naturalmente a un ambiente que, en muchos aspectos, constituía una réplica del ambiente en que se desarrolló el Islam (Crassweller, 1988: 43).

En esa línea, el abogado, escritor y compositor musical Juan Bautista Alberdi, uno de los autores liberales latinoamericanos más